

EL ACHAMAN. REFLEXIONES SOBRE UNA EXPERIENCIA ECLESIAL

JUAN BARRETO BETANCORT

PROFESOR TITULAR DE FILOLOGIA GRIEGA EN LA
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

En las líneas que siguen, y, a vuela pluma, me propongo hacer algunas consideraciones sobre el Achamán. No pretendo ser ambicioso. En un espacio tan corto, muchos matices han de quedar fuera. Sólo pretendo dibujar los trazos que creo más significativo. Que “creo”, digo, ya que se trata de mi visión de esta experiencia eclesial que llamamos el Achamán. También lo que, siempre según mi opinión y sin duda mis deseos, podría ser su futuro.

a) *Trayectoria e identidad*

Con el nombre de “El Achamán” se designa a un conjunto de grupos, colectivos, comunidades y movimientos que se coordinan entre ellos y a las asambleas que periódicamente celebran. Comenzó su andadura en un primer encuentro en Las Palmas en junio de 1978. El Achamán nace como un intento de respuesta comprometida con las nuevas situaciones del pueblo de Dios en Canarias en aquellos años.

Los estudios socio-pastorales realizados en las dos Diócesis entre los años 1972-1975 dejaron al descubierto la realidad de una iglesia centrada en una pastoral sacramentalista y alejada de las preocupaciones e inquietudes del pueblo. Esta constatación estimula a los grupos más sensibilizados a un

acercamiento más explícito y metódico a la realidad social y política en un esfuerzo de lectura creyente como condición indispensable para un compromiso transformador de la realidad. Al mismo tiempo, y por la misma razón, se experimentó también la necesidad de situarse en la realidad eclesial de un modo responsablemente crítico; para ello también se vio la utilidad de establecer un cauce permanente de comunión entre los grupos que tenían la misma inquietud.

La base del primer encuentro la constituyó el documento «*Canarias, tarea histórica*» elaborado por el Departamento de Teología de las Realidades Canarias (TERECA). De ese primer encuentro salió el compromiso de crear una coordinadora en Gran Canaria y la voluntad de abrir un proceso de coordinación con la Coordinadora de Movimientos que ya existía en Tenerife.

El año siguiente (1979) la reflexión de la asamblea se formuló en un interrogante que pretendía revisar el modo de presencia evangelizadora de estos grupos: «*Cómo estamos evangelizando*». La evangelización en el contexto de nuestras islas, se vió, debía estar vinculada al concepto de liberación: anunciar a Jesucristo como señor y liberador. Este sesgo, de mensaje de liberación, con sus implicaciones sociales y políticas, produjo una primera crisis en el seno de los grupos coordinados y el abandono consiguiente de muchos de ellos que se sentían incómodos por el énfasis puesto en los compromisos sociales y políticos.

Como respuesta a la crisis anterior y al desencanto de “lo político” se elige para la asamblea de 1980 el tema «*Presentes en el quehacer de nuestro pueblo*». Los compromisos asumidos se refieren a la voluntad de seguir presentes, de continuar trabajando en la base y más específicamente comprometerse en poner fundamentos culturales a la canariedad, profundizar en los procesos de maduración de la fe, apoyar la unidad de la izquierda. En este año, en Gran Canaria se crean las Coordinadoras de zona y en Tenerife se amplía la Coordinadora Insular, aunque algunos prefieren no identificarla con el Achamán.

La asamblea del año siguiente (1981) pretende conjurar la tentación de repliegue sobre sí mismos que se siente en los grupos eclesiales que componen el Achamán y en la iglesia en su conjunto. Se propone una reflexión, «*La Iglesia que Jesús quiere*», partiendo del concepto central de Reino de Dios y la referencia a los pobres que dicho concepto entraña. Se crea este año la Coordinadora Interinsular del Achamán y se distinguen dos ritmos: el insular con su momento fuerte en la asamblea de junio, y el interinsular que reúne a los grupos de todas las islas en diciembre como apertura del año.

Los temas objeto de reflexión en los años siguientes *«La utopía del hombre nuevo y de la nueva sociedad»* (1982), *«Una iglesia comunidad de comunidades»* (1983), *«Nuestra presencia como cristianos en el aquí y ahora canarios»* (1984), *«Llamados a empujar la historia luchando juntos»* (1985), *«Transformando actitudes y estructuras hacia la nueva humanidad»* (1986), inciden en las dos líneas fundamentales de preocupación que dieron origen a la creación de este espacio de comunión eclesial: por una parte, la búsqueda de un compromiso de los cristianos con la situación concreta de Canarias, y, simultáneamente, la autocrítica como colectivo eclesial que cuestiona constantemente el grado de fidelidad al evangelio de estructuras y comportamientos eclesiales.

El año 1987 culminó una década de experiencia y la asamblea, bajo el lema *«Achamán, realidad y reto. Diez años de camino y esperanza»*, se concentró en un balance que, recogiendo la experiencia de los años transcurridos, sirviera de impulso hacia adelante. Fruto de aquellos debates fue el documento *«Identidad del Achamán. Coordinadora de Grupos y movimientos de base»* que intenta, de forma breve y sencilla, recoger los rasgos esenciales y definitorios del Achamán en un momento en que era intenso el debate interior. El Achamán viene definido así: *«Hoy día el Achamán es una forma de ser y hacer Iglesia que quiere responder desde una actitud militante a las situaciones sangrantes y esperanzadoras del Pueblo Canario mediante la coordinación de grupos, comunidades, colectivos y movimientos eclesiales de las islas, que nos exige un compromiso cotidiano de ir transformando las realidades sociales y eclesiales injustas desde una opción de fe por Jesús de Nazaret, concretamente en los más pobres y desfavorecidos»*.

Los temas propuestos para los años siguientes: *«Avanzando desde la unidad»* (1988), *«Recuperando la esperanza y la utopía»* (1989) y *«Profetismo hoy ¿para qué?»* (1990), son significativos de los problemas que preocupan en ese tiempo a los grupos coordinados: la dispersión y el cansancio en la tensión del compromiso.

En diciembre de 1991, la asamblea recoge el ambiente de expectación, a nivel estatal, de las celebraciones del quinto centenario del descubrimiento de América. El Achamán se sintió en el deber de manifestar su distancia del triunfalismo de las celebraciones oficiales tomando como lema de su reflexión *«Con respeto y en justicia, solidarios con los pueblos»*.

Finalmente, bajo el lema *«Canarias, un proyecto solidario»* se aborda el análisis de la situación canaria que, en la carta de invitación a la asamblea

se define con estas características: «...un creciente y alarmante desencanto en la sociedad canaria que no constituye la premisa más adecuada para afrontar los retos decisivos que nos esperan. El ascenso de los insularismos como ideología política. La amalgama, no clarificada aún suficientemente, de esa ideología insularista con un nacionalismo de contornos ideológicos poco claros. La conciencia, cada vez más creciente de lo inadecuado del modelo administrativo y político. La indefinición de un modelo económico que hasta ahora se refleja en un deterioro social alarmante como lo demuestran los dos estudios de las Cáritas de las dos Diócesis». La dinámica de la reflexión se articula según los momentos *ver, juzgar y actuar*, de la revisión de vida. Se pensó que era mejor dedicar dos asambleas al tema: la de 1992, como punto de partida de la reflexión, y, la de 1993, como cierre de la misma con los compromisos de actuación correspondientes.

b) *El Achamán producto de una época*

Naturalmente que un movimiento de estas características es fruto necesariamente de su tiempo y que muchos de sus rasgos hay que explicarlos desde el análisis del momento histórico en que surge.

El mismo nombre del Achamán, uno de los términos con que los guanches de Tenerife designaban a Dios, nos remite al fenómeno de la recuperación de la conciencia y de la memoria colectiva que brota con fuerza desde los primeros años de la democracia restaurada y la implantación del Estado de las Autonomías. La recuperación de la historia y la afirmación de la conciencia de pueblo, tiene variadas manifestaciones en la vida política y cultural del Archipiélago. El Achamán expresa así el compromiso de los cristianos que lo integran de colaborar en esta restauración.

El Achamán participa del clima creado por el cambio espectacular que supuso el paso de la dictadura a la democracia. Durante los oscuros años de la dictadura los ámbitos eclesiales fueron, con frecuencia, focos de resistencia, laboratorio de militantes que experimentaban como componente esencial de su compromiso de fe, la lucha por el advenimiento de un régimen de libertades. Esto llevó a centrarse en la mediación política, como cauce privilegiado del compromiso cristiano por la transformación del mundo y el advenimiento del Reinado de Dios.

Una enfatización de la necesidad de hacerse presentes en los procesos históricos de cambios políticos y sociales no podía pasar como es natural, sin provocar tensiones con ciertas estructuras eclesiales cuyo aparato ideológico

y organizativo se había forjado en una visión de la Iglesia más desentendida del mundo, en una concepción de la historia como mero tiempo de espera de la eternidad, en un hábito de alianzas con los poderes económicos y políticos, en una concepción de la salvación atemporal y espiritualista. Aunque el Concilio había puesto las bases para una nueva comprensión de la misión y presencia de la Iglesia en el mundo, persisten la inercia y la práctica de siglos. Por lo que la crítica de los grupos más sensibilizados tiende a teñirse de urgencia y de denuncia, y, algunos de ellos, en distinto grado, sienten la necesidad de mostrar cierta distancia con la, así llamada, “Iglesia oficial”.

c) *Los cambios históricos y su incidencia en la vida del Achamán*

En estos años han venido surgiendo realidades nuevas y el “clima” de 1993 tiene rasgos específicos que lo diferencian de aquellos que vieron surgir al Achamán. Se podrían señalar los más evidentes.

El proceso de recuperación de la identidad canaria, se ha ensanchado en estos años. Lo que en principio era patrimonio de una minoría, va alcanzando, con matices diversos, ámbitos más amplios de la clase política, económica, cultural de las islas. Del “guanchismo” ingenuo y el nacionalismo folclórico se va pasando a un interés más maduro por todos los aspectos de la historia del archipiélago. La propia inercia impuesta por el Estado de las Autonomías ha llevado cada vez más a sectores económicos y políticos a aglutinarse para hacer valer sus razones o intereses desde la óptica de la autonomía. Parte de la izquierda ha asumido, de un modo explícito, planteamientos nacionalistas.

El rasgo más notable, quizá, de los últimos tiempos es la crisis que se ha venido a crear con el desencanto, en primer lugar, de las aportaciones reales de la democracia, en contraste con la representación utópica de la misma gestada en tantos años de dictadura, y, en segundo lugar, la profunda crisis ideológica que lleva consigo el derrumbamiento del llamado “socialismo real”. A esto ha de añadirse el excepticismo ante las ideologías en general que caracteriza a la postmodernidad. Todas estas son circunstancias que configuran un clima en el que se relativiza la mediación política como instrumento privilegiado de la transformación de la realidad.

Por otra parte, la institución eclesial, ha venido asumiendo progresivamente, y, en distintos grados, algunas de las transformaciones implícitas en la doctrina conciliar. Es evidente que se han ampliado los niveles de corresponsabilidad intraeclesial y de compromiso social con los más

necesitados; se ha relajado, al mismo tiempo, el nivel de dependencia de los poderosos y se ha atenuado la concepción espiritualista de la salvación.

Otro factor de importancia decisiva lo constituye el emerger, en los ámbitos públicos —escuela, trabajo, puestos de responsabilidad—, de unas generaciones que no vivieron la espectacularidad del cambio, y, por lo tanto, no experimentaron la tensión utópica que produjo el paso de una iglesia pre-conciliar a una post-conciliar y de un régimen político dictatorial a la democracia formal; por el contrario, estas generaciones se han encontrado instaladas ya en un ambiente de relativo bienestar económico. Todo lo cual hace que el clima espiritual tienda a ser más conformista y menos entusiasta por el protagonismo en los procesos de cambio social y político.

El Achamán en su singladura histórica desde 1978, unos intensos quince años, ha atravesado estos cambios producidos en la sociedad. Y no impunemente. La misma naturaleza de las preocupaciones que da origen a esta coordinación de grupos y comunidades ha provocado tensiones comprensibles.

La lectura de la realidad canaria y el diagnóstico de sus necesidades, y, por consiguiente, la respuesta a las mismas desde la óptica de la fe no siempre ha podido ser unívoca; asimismo, no siempre ha sido unívoca la lectura de la realidad eclesial, más bien, la interpretación de la misma ha variado considerablemente de unos grupos a otros. Esto ha provocado laceraciones internas y sufrimientos que no siempre han tenido una resolución evangélica y que, en algunos casos, ha provocado el abandono de unos y el recelo de otros.

Por otra parte, se constata la dificultad para conectar con la sensibilidad y las necesidades de las nuevas generaciones. Y, el peligro de quedarse en residuo de nostálgicos representativos de una generación que va siendo relevada progresivamente en las tareas colectivas, puede llegar a ser un peligro real.

d) *Perspectivas de futuro*

Pienso que el relanzamiento del Achamán debe pasar por la recuperación del impulso original.

a) En primer lugar, se ha de renovar el compromiso con la realidad de las islas. La preocupación por detectar qué nos dice Dios *aquí y ahora* a través de las situaciones que afectan a la comunidad.

Es evidente que Canarias como colectividad está viviendo unos momentos decisivos para su futuro. Que en el contexto de las grandes transformaciones que el mundo en general y occidente en particular está experimentando en este

final de siglo, Canarias está en la necesidad de redefinir su situación con respecto a combatir la política y cultura. También es verdad que la comunidad cristiana, con vocación de servicio, tiene que implicarse en la búsqueda de respuestas aportando su mundo de valores, su visión del hombre. Los cristianos no pueden substraerse a esta responsabilidad.

Está claro que hay que descartar todo atisbo de mesianismo pretencioso, herencia de un tiempo en que el ámbito eclesial, dadas las características de la dictadura, fue un ámbito privilegiado de compromiso político y social. Los cristianos, en cuanto tales, no tenemos fórmulas específicas de respuesta en esos campos. También es evidente que, entre la excesiva confianza de los primeros tiempos en las mediaciones políticas como instrumento de cambio de la sociedad y la desconfianza ante las mismas, e, incluso, su desprestigio, el cristiano tiene que encontrar el modo de estar presente y utilizar todas las mediaciones disponibles para transmitir a la sociedad el testimonio de sus valores: como ejercicio de un servicio, ajeno a pretensiones hegemónicas de ningún tipo, tampoco ideológico. La búsqueda humilde, exenta de dogmatismos, abierta al pluralismo debe ser su santo y seña.

b) El segundo rasgo que siempre identificó al Achamán fue la voluntad de situarse críticamente en la realidad eclesial; en algunos momentos, y, en distinto grado, según los grupos, se sintió la necesidad de hacer patente un distanciamiento crítico de la institución eclesiástica.

Puede ser que la crítica no siempre estuviera acompañada de la autocrítica y que el peligro de recrear, con actitudes dogmáticas e intransigentes, los mismos defectos o pecados que se conjuraban, pudo acechar más de una vez. Indudablemente no es fácil mantener la tensión crítica como forma de comunión necesaria. Es también evidente que las estructuras eclesiales están escasamente preparadas, mentalmente, en su disciplina jurídica, en sus hábitos pastorales, para el ejercicio de la corresponsabilidad: corresponsabilidad ciertamente según las funciones propias de cada uno, pero no como gracia gratuitamente concedida (o retirada según los casos) sino como un deber que brota de la misma incorporación al cuerpo de la iglesia operada por el sacramento del bautismo.

Pero qué duda cabe de que esta tensión crítica es condición indispensable para el proceso de conversión necesario en el ejercicio de fidelidad al evangelio; en esa conversión, al fin y al cabo, consiste la propia vida cristiana. Se van convirtiendo los individuos y se han de ir convirtiendo también las estructuras, todos bajo el signo de la misericordia de un Dios que es, en Jesús, *Buena Noticia* para los débiles.

c) Los modos de coordinación quizá necesiten de una revisión. Ha de ser ágil, que contemple diversos niveles de coordinación según las necesidades de los grupos o movimientos, sobre todo las de aquellos fuertemente estructurados y que tienen ya una dinámica muy definida (y, sobre todo, unos calendarios muy cargados). En ningún caso esos grupos o movimientos debieran experimentar la coordinación como la imposición de tareas que entran, de una forma colateral, en la actividad del grupo y perturban su natural marcha. Que cada uno aporte lo que pueda y esté abierto a las aportaciones de los demás. No es, en ningún caso, interés de grupo aquello que nos une y nos ocupa, sino una misma voluntad de servicio a nuestro pueblo y a nuestra iglesia.

d) El carácter de Coordinadora Interdiocesana, no sólo es exigencia de eficacia organizativa, sino que tiene la fuerza de un símbolo. En este contexto de crispaciones insularistas, un reto de las dos iglesias diocesanas debiera ser entroncar con el clamor de un pueblo que busca fórmulas de integración y dar signos *visibles* de que es connatural a los cristianos la superación de barreras, la vocación a la confluencia y a la unidad. Lo contrario es un escándalo.

e) Habría que recuperar la frescura necesaria para, sin timideces ni arrogancias, promover la iniciación de grupos.

e) *Consideraciones finales*

En este contexto descrito parece conveniente que aquellos grupos, comunidades y movimientos que quieran expresar la solidaridad de la Iglesia con los procesos de cambio político y social aúnen sus esfuerzos como creyentes para, de una forma explícita, auscultar la llamada de Dios en los signos de los tiempos empeñándose en una lectura consciente y responsable del acontecer de la vida del pueblo: es necesario dar respuestas comunes a interpelaciones comunes e invitar a los otros miembros del pueblo de Dios y a los hombres de buena voluntad a hacer lo mismo.

Sigue también siendo útil que, aquellos grupos que por su cercanía a los compromisos sociales y políticos se sientan más identificados con los problemas y las inquietudes de los más débiles de nuestra comunidad, puedan recoger el reto de una autocrítica consciente y hacerlo llegar al resto de la Iglesia comunidad de creyentes.

El Achamán no puede pretender ser el único cauce de estas inquietudes. Pero qué duda cabe de que ha sido un instrumento, indudablemente perfectible, pero eficaz para ello. El Achamán en su ya larga vida ha dado sus frutos. Sería

un error lamentable que los responsables de la pastoral de las diócesis no concediesen, evitando prejuicios, la atención suficiente a esta realidad. La Iglesia, como todo grupo y toda comunidad, debe tener periferia. Los espacios fronterizos siempre fueron fecundos. Pero no se debe empujar a nadie a traspasar la frontera. No sin buenas razones. Y las únicas razones en la Iglesia deben ser las evangélicas.

Juan Barreto Betancort